

duras de los insectos. «El bisonte, dice Mœllhausen, se hunde cada vez mas en el pantano: escarba con sus piés; gira en redondo, y no sale de su baño de fango, sino despues de haber permanecido en él largo tiempo.» En aquel instante no se parece á otro sér viviente; su larga barba y su crin aparecen convertidas en una masa de cieno, y únicamente los ojos indican que debajo de ella hay un bisonte. Apenas ha salido el animal de su baño, llega otro para ocupar su puesto, y luego un tercero, y así sucesivamente, hasta que se ha bañado toda la manada. Este barro se resaca despues, formando una dura costra que no desaparece hasta que el animal se revuelca por la yerba ó queda lavado por el agua cuando llueve.

El período del celo dura un mes con corta diferencia; pero los machos que no han encontrado hembras siguen dominados aun durante algunas semanas por su furia y su perversa índole. Un insoportable olor de almizcle indica desde lejos su presencia al cazador; las emanaciones no solo se comunican al ambiente, sino que tambien impregnan la carne del animal hasta el punto de no ser comestible para un europeo. Al mismo tiempo, la excitacion aniquila las fuerzas del animal; olvidase de comer, enflaquece y se debilita; pero como se aísla de la manada, restablécese poco á poco; la soledad le tranquiliza; recobra el apetito, adquiere fuerzas, y en el otoño ha olvidado ya sus desgraciados amores.

Nueve meses despues del apareamiento, á mediados de marzo ó abril, pare la hembra un hijuelo; pero antes se aleja del macho con el que vivía, y se reúne con otras hembras igualmente preñadas. Las madres eligen los mejores pastos, y en ellos permanecen con sus hijuelos mientras encuentran con que alimentarse. Cuidan de ellos solícitamente y los defienden con valor de todos sus enemigos: los pequeños son unos séres muy graciosos, vivaces, alegres, inclinados á retorar y á prodigarse mutuas caricias.

No se crea que el bisonte es torpe y perezoso, segun lo han dicho ciertos autores: aunque pesado en apariencia, da pruebas de una agilidad sorprendente, pareciendo á veces que se complace en hacer alarde de su fuerza. A pesar de sus cortas piernas, el bisonte recorre ligeramente espacios considerables; jamás anda despacio como el toro; su paso es precipitado, su trote vivo, y su galope tan rápido, que á duras penas consigue alcanzarle un caballo. Sus movimientos son particulares y como cortados, y cuando galopa, particularmente, describe una línea ondulada, levantando tan pronto el cuarto delantero como el trasero. De todos modos, y segun ya hemos dicho, este animal no es de ningun modo pesado ni torpe; muy al contrario, distínguese por su viveza y una agilidad que no se creeria en un animal tan corpulento. Nada mucho tiempo y vigorosamente, y jamás vacila en saltar al agua: Clarke vió una manada atravesar el Missouri por un sitio donde su anchura era de cerca de 2 kilómetros. Estos animales cruzan el agua rápidamente, formando una fila continuada, y van uno detrás de otro, de tal modo que los primeros tocan tierra cuando los últimos acaban de saltar al agua.

El oído y el olfato son los sentidos que mas desarrollo alcanzan en el bisonte de América: segun opinion unánime de todos los observadores, este animal tiene mala vista, mas no puede decirse que los órganos de la vision sean imperfectos, pues el ojo está muy bien conformado, y apenas difiere del de los otros rumiantes. El espeso pelaje que rodea la cabeza es lo que le impide ver bien.

En cuanto á la inteligencia, no difiere mucho el bisonte de los otros toros salvajes: es manso, tímido y tardío para excitarse; pero una vez encolerizado, olvídale todo; es bravo y maligno y le abrasa la sed de venganza. La inteligencia

de los bisontes, segun puede verse en individuos cautivos, es susceptible de alcanzar mayor desarrollo: léjos de ser indomables como se ha dicho, tienen, por el contrario, cierto apego al hombre que los trata bien, aprenden á conocer á su guardián y se encariñan con él hasta cierto punto; pero á decir verdad, ha de pasar mucho tiempo para que depongan su timidez innata y se modifique su natural salvaje. El macho parece tener mas conocimiento; está mas ávido de dominacion, y por lo tanto es mas valeroso y pendenciero que la vaca.

La voz del bisonte consiste en un sordo mugido, mas semejante á una especie de gruñido que á un balido: cuando dejan oír su voz á un tiempo miles de bisontes, producen un ruido indescriptible, semejante, en cierto modo, al fragor del trueno.

El régimen del bisonte de América varía segun las estaciones: durante el verano encuentra un alimento sustancial en las yerbas de las praderas, que le aprovechan mucho; en invierno debe contentarse con una comida mas pobre, es decir, con algunos retoños, hojas, yerbas secas, líquenes y musgo; pero debe advertirse que estos animales son muy sobrios y saben contentarse con poco.

«Cuando el excesivo ardor de los rayos solares, añade Finsch, ha agostado el verde herbaje de la pradera, bastan aun las secas matas para alimentar al bisonte; y los grandes incendios que acaecen en aquellas durante el otoño, dejan todavia tantos oasis de verdura salvados de la voracidad del fuego, que los rebaños encuentran aun el suficiente alimento durante sus excursiones. Como podrá fácilmente comprenderse, la vida es mas difícil para estos animales en el invierno, puesto que apenas les bastan los mezquinos pastos que deben buscar escarbando la nieve; pero entonces el animal corre presuroso á sus moradas invernales del sur. Los bisontes pueden prescindir mas fácilmente de un alimento fresco y abundante que del agua: á eso de la madrugada y del anochecer se les ve avanzar con lento paso, formando largas filas y con las retozonas terneras á su lado, por estrechos senderos abiertos por ellos mismos y que apenas miden un pié de anchura, en direccion á los abrevaderos. Aquí, junto al manantial, es donde se despierta la animacion entre estos animales: los negros colosos empiezan por turno á apagar su sed con sendos tragos de agua; los que se detienen demasiado para beber, son estimulados ó echados á golpecitos con los cuernos, y solo á veces los toros mas viejos llegan á reñir formalmente, en términos que el observador, escondido á alguna distancia del manantial, puede percibir distintamente el choque de los cuernos.

Los bisontes corren no pocos peligros, pues aun en aquellos puntos donde se hallan al abrigo de los ataques del hombre y de sus otros adversarios, deben sostener la lucha por la existencia ó la concurrencia vital. El invierno es para ellos un enemigo terrible, que los hace perecer á centenares, aparte del cansancio que llega á aniquilarlos. El bisonte está, sin embargo, bien dotado para resistir: su espeso pelaje le preserva de los rigores del frio; la muda conviene con los cambios de estacion, observándose que nunca le coge desprevenido el invierno. Pero cuando una espesa alfombra de nieve cubre la tierra, el animal no encuentra ya con qué satisfacer su hambre; consume la grasa que acumula durante el verano, debilitase cada vez mas y no puede ya sostenerse. Aniquiladas sus fuerzas, abandónase á su suerte con resignada desesperacion, échase en tierra y se deja cubrir por la nieve. Algunos bisontes perecen creyendo el hielo mas fuerte de lo que es en realidad: acostumbrados á caminar en compactas filas, aventúranse sobre una corriente helada; rómpelese la capa bajo su peso, y hacen esfuerzos inútiles para

desprenderse y ganar la orilla, pues muchos individuos les siguen y les empujan, resultando de aquí que perece un gran número de ellos. Tambien mueren muchos en verano cuando despues de atravesar un rio quieren tocar tierra por punto inabordable, por existir allí un banco de arena ó de cieno. Su fuerza es insuficiente para vencer el obstáculo; se hunden cada vez mas y acaban por desaparecer.

CAZA.—El bisonte no tiene menos enemigos que sus congéneres: dicese que el oso gris no teme acometerle, y el lobo arrebatada vez en cuando un becerrillo; pero su adversario mas temible es el hombre. Lo mismo el Piel Roja que el blanco le persiguen sin tregua; y el segundo, sobre todo, es el que ha dado hasta cierto punto la señal de exterminio de estos bóvidos salvajes.

«En otro tiempo, dice Mœllhausen, cuando el búfalo podía considerarse en cierto modo como el animal doméstico de las Indias, no se notaba la disminucion de los rebaños, antes por el contrario, prosperaban y multiplicábanse en las vastas praderas; pero luego aparecieron los europeos; convínole la fuerte y gruesa piel del búfalo; les gustó tambien su carne; y en la venta de la una y de la otra vieron un medio de abundante lucro.

»Despertaron entonces en los habitantes de las estepas el deseo de adquirir algunos objetos brillantes y de relumbron, inventados por ellos; ofreciéronselos á los indigenas á cambio del producto de su caza; y desde aquel momento comenzó el exterminio. Fueron muertos miles de búfalos cuyas pieles se utilizaron ventajosamente; y á la vuelta de pocos años disminuyó el número de aquellos animales de una manera notable. El indiferente indio no piensa en el porvenir: solo ve el presente; no necesita sino que le exciten, y cazará hasta que consiga arrancar la piel del último búfalo. No está léjos el tiempo en que este notable animal existirá solo en la memoria de los hombres; entonces trescientos mil indios quedarán privados de sustento; acosados por el hambre, llegarán á ser, con millones de lobos, un verdadero azote para la civilizacion vecina, poniendo á los pueblos en el caso de aniquilarlos completamente.

»Se caza el búfalo de diversos modos: el indio encuentra en su persecucion un medio de subsistencia á la par que un recreo de los que mas le agradan. Montado en un caballo muy duro para la fatiga, y que por lo comun cogió en las estepas en el estado salvaje, alcanza en la llanura á cualquier animal, y cifra toda su gloria en derribarle sin apearse, hiriéndole mortalmente con segura mano. Despójase de todo peso haciendo lo mismo con su montura; quita hasta la silla; se desnuda; ata solo una correa de doce metros de largo en la boca del caballo, la cual arrastra por el suelo en toda su longitud y sirve para guiar al cuadrúpedo en caso de caída ó de accidente, siendo fácil cogerla muy pronto.

»En la mano izquierda lleva el arco y todas las flechas posibles; en la derecha un látigo, con el que impulsa á su caballo hasta el centro de la manada, ó hácia un bisonte aislado. El inteligente corcel, que comprende la intencion del que le monta, párase delante de la presa sin que se lo manden, y da tiempo para que el cazador pueda clavar una flecha en el costado del animal. Aun vibra la cuerda en el arco, y apenas ha tocado el blanco el hierro del arma, cuando el caballo de un vigoroso salto, aléjase del bisonte que le amenaza furioso con sus cuernos, y se dirige hácia otra victima. La caza continúa así por toda la llanura, hasta que extenuadas las fuerzas del corcel, detiénese al fin el infatigable indio. Los búfalos heridos, aislados de la manada, yacen moribundos en el camino que aquella recorrió; las mujeres del cazador, que han seguido sus huellas, rematan y descuartizan la presa, y se llevan á sus wigwams (cabañas) los mejores pedazos y la piel. La carne

se corta en largas tiras para secarla; la piel se curte toscamente, y se abandona á los lobos la mayor parte del animal.

»La prolongada crin del búfalo le cubre los ojos, impidiéndole ver bien, razon que permite al cazador acercarse á él sin ser apercebido, aunque vaya á pié. El indio se cubre con una piel de lobo y anda á gatas, llevando sus armas preparadas y describiendo S S; si el viento no le es desfavorable, puede matar á un búfalo desde muy cerca, sin turbar la tranquilidad del resto de la manada, pues la detonacion de un arma de fuego no espanta á estos animales, mientras que su olfato no les revele la presencia del hombre.

»Un cazador bien escondido puede matar varios búfalos seguidamente: el estertor del moribundo puede llamar la atencion de algunos individuos, que levantan la cabeza un momento; pero bien pronto continúan paciendi los inquietos animales.

»En toda estacion se persigue al búfalo con el mismo ardimiento, aun en los dias en que cubre la tierra una espesa capa de nieve y no es posible cazar á caballo. El búfalo anda entonces difícilmente; el astuto indio se pone los patines, acércase con facilidad al gigante, indefenso ya, y le atraviesa con su lanza.

»Persiguese al búfalo por aficion á la caza, mas bien que por verdadera utilidad, y se le declara una guerra de exterminio inexorable.»

Juan Franklin asistió, cerca de Carlston, á una cacería particular al bisonte: habian cercado una inmensa extension con estacas y paredes de nieve, disponiendo estas últimas de manera que por un lado formasen una pendiente á la altura de aquellas. Varios indios á caballo, que lanzaban terribles gritos, disparando á la vez sus carabinas, ahuyentaron á los bisontes hasta aquel recinto, donde se les mató sin dificultad.

Otros viajeros han hablado tambien mucho de esta clase de cacerías: Audubon dice que desde el Fuerte-Union se disparan cañonazos contra las manadas de bisontes.

Fröbel refiere, que cuando en su caravana se necesitaba carne, enviábase á un buen jinete para que la buscara. Penetraba el cazador en medio de un rebaño, que se inquietaba poco de su presencia; elegía un animal; dispersaba á la manada de que formaba parte; perseguíale luego hasta conseguir apoyarse en su espaldilla izquierda el cañon de un revolver, y le mataba. Jamás hace frente un bisonte; durante la cacería se apartan sus compañeros.

Un mexicano que iba en la caravana de Fröbel, y que habia sido durante ocho años esclavo entre los comanches, lanzaba el lazo con tal destreza, que cogía con él, no solo á los becerros, sino tambien á las hembras adultas, rodeándoles el cuello con la cuerda. Deteníase el animal para desembarazarse, y entonces se acercaba Fröbel y le arrojaba otro lazo á las piernas, con el cual le hacia caer. Cuando el animal estaba tumbado, apeábase nuestro hombre, le ataba las piernas, matabale y le descuartizaba. La piel y el esqueleto y todo cuanto no se queria ó no se podia utilizar, era abandonado á los lobos y los buitres.

Segun Finsch, el cazador de bisontes que lo es de profesion, se sirve de escopetas muy pesadas, con las cuales puede derribar á un bisonte á una distancia de 500 á 700 pasos; los fusiles alemanes generalmente sirven de poco, y las balas por ellos disparadas se aplastan casi siempre contra los huesos del animal. Únicamente los cazadores mas prácticos en su oficio son los que cazan al bisonte, deslizándose hasta llegar cerca del rebaño, y emplean el fusil en lugar del revolver. Esta caza en aquellas inmensas llanuras desprovistas de árboles y matorrales exige muchos esfuerzos, buenas piernas, pulmones vigorosos y una sobriedad tan grande, que pueda prescindirse largo tiempo de la bebida, á pesar del ardiente

calor del sol. No es tampoco fácil acercarse á los rebaños; solamente es esto posible, observando el viento y deslizándose á rastras sobre el vientre y al modo de la culebra, como lo hacen los indios. Si uno de los individuos del rebaño anuncia á este con su inquietud que husmea algo sospechoso, el cazador debe permanecer inmóvil en el sitio y esperar que su traje de cuero, pardo y del color de la tierra, le oculte á la vista del animal. Después de hecho el primer disparo, ha de guardar la misma precaución y permanecer quieto, á fin de poder así continuar tirando, si las circunstancias le favorecen. Es verdad que los bisontes comprenden ahora muy bien lo que un tiro significa, y huyen siempre al oírlo, recorren con la cabeza baja y la cola levantada unos cuantos centenares de pasos; páranse luego; vuelven su velluda cabeza hácia el cazador y miran fijamente á lo largo de la pradera. Generalmente no abandonan al instante al compañero que cayó herido: si la primera bala hirió mortalmente á un individuo del rebaño, esto produce en los demás un efecto extraordinario, que sabe apreciar muy bien el cazador experimentado. En vez de huir, detiéndose los bisontes á la vista de la sangre; contemplan aterrados á su compañero tendido en el suelo; saltan como fuera de sí en derredor suyo, y no emprenden otra vez la fuga hasta después de haber recibido otros muchos tiros, los cuales aumentan generalmente el número de víctimas. Así se explica que un cazador hábil mate con frecuencia la mayor parte de individuos que componen una manada, sin que estos gigantes animales, que á conocer su propia fuerza, pronto le harían aborrecer la caza y ahuyentarían de la pradera á sus formidables enemigos, piensen en oponerle la menor resistencia.

La caza del bisono no es siempre tan feliz: Wyeth vió á un indio pagar muy cara la persecución de uno que habia herido. El animal se revolvió súbitamente contra el jinete; espantóse el caballo y le hizo rodar por tierra, y antes de que pudiese levantarse atravesóle el bisono el pecho de una cornada. Richardson nos refiere un caso semejante: cerca de Carlton-house hizo fuego contra uno de estos animales cierto empleado de la Bahía de Hudson; el bisono cayó, y el imprudente cazador se acercó entonces para reconocer su cierto tiro; pero la víctima se levantó al momento y embistió á su enemigo. Aquel hombre tenia una fuerza y una presencia de ánimo extraordinarias: cogió al bisono por los pelos de la frente y luchó largo tiempo con él; pero tuvo la desgracia de dislocarse el puño, cayó á tierra y recibió dos ó tres cornadas que le dejaron medio muerto. Sus compañeros le hallaron sin sentido y nadando en su propia sangre; el bisono se habia echado junto á él, esperando que diese señales de vida para rematarle. Hasta que se hubo alejado el animal no se pudo sacar de allí al infeliz cazador; logróse curarle bastante bien la herida; pero murió á los pocos meses. Otro cazador tuvo que permanecer varias horas en el árbol donde se habia subido, pues un bisono furioso le tenia bloqueado.

La caza á caballo tampoco deja de ofrecer sus dificultades y peligros. «Unas veces, dice Finsch, la caza se dirige por un paraje habitado por las marmotas de las praderas, conocido con el nombre de *aldea de los perros*, en cuyo suelo mudo caen fácilmente el caballo y su jinete; otras se lanza á través de una torrentera de tres á cuatro metros de profundidad, en la cual se precipita sin vacilar el ágil bisono perseguido por el cazador; y no pocas el caballo, atemorizado por el monstruoso animal, que vuelve de repente la cerdosa cabeza y atruena el aire con sus mugidos, se encabrita y derriba al jinete.

»Esta caza da también lugar á choques entre diferentes tribus indias ó entre estas y los blancos, y como el desollar cráneos de estos es operación que todavía hoy gusta mucho

á los indios, un encuentro con una horda de estos puede ser muy peligrosa para los cazadores que van solos, aun cuando estas tribus vivan en profunda paz con el Gran Padre que reside en Washington.

»Así aconteció en el año 1872, que tres ingleses salieron á la caza del bisono para no volver; encontráronse después sus cadáveres, y se vió que habian caído sobre ellos los indios y les habian despellejado el cráneo.

»A pesar de todo lo expuesto ocurren, sin embargo, pocas desgracias en estas cacerías, y raras veces el toro herido se abalanza sobre el cazador.»

Desgraciadamente se sacrifican muchos más bisontes, á causa de la desapoderada afición de los blancos á la caza de este animal, que por las exigencias de la utilidad. «Se continúa la guerra de exterminio, dice Moellhausen, contra estos animales, ornato de las praderas, de un modo cruel y despiadado, y nadie seguramente pensará en remediar el mal hasta que el último búfalo y con él el último de los Pieles-Rojas hayan desaparecido del todo, llevándose consigo la única poesía del continente americano.» Los periódicos americanos se hacen también eco de estas quejas, y vamos á extraer en prueba de ello lo que dice uno que vino á mis manos: «Hace pocos años atravesaban las praderas al este de las Montañas Pedregosas innumerables rebaños de bisontes; pero hoy día no se ven ya allí más que sus huesos blanqueados. Para que se comprenda la cruda guerra que se hace contra estos animales, bastará apuntar los siguientes datos: en las márgenes del río Ric-Karee, estaban acampados en el verano de 1874 unos 200 cazadores de búfalos, y algunos de estos se vanagloriaban de haber muerto 1,200 de estos animales durante la citada estación; una compañía de 16 cazadores manifestó también haber destruido en solo tres meses 2,400.»

Esto ya no se puede calificar de caza, es un afán loco de matanza verdaderamente bochornoso para hombres que se precian de civilizados, y cuya consecuencia ha de ser necesariamente la total extinción de estos rumanes. Finsch, el cual ve el porvenir con menos sombríos colores que Moellhausen, no acierta á justificar esta atroz persecución emprendida por los americanos contra el bisono, y dice sobre el particular: «Mientras los Pieles-Rojas cazan el animal para alimentarse de su carne, los blancos matan millares de estos solamente por gusto de matar, por una desenfrenada afición á la caza: es verdaderamente triste ver en todos los puntos de la pradera señales de una destrucción inútil. Encuéntanse unas veces esparcidos por diferentes sitios cráneos, esqueletos casi enteros y carroñas, en las cuales sacian su voracidad los cuervos y los lobos, y otras se tropieza con masas informes de bisontes carbonizados, á causa de un incendio ocurrido en la pradera, no siendo tampoco raro dar con algunos de estos animales que, heridos mortalmente, se arrastran por el suelo bañados en su propia sangre.»

Por detestables que sean estas destructoras cacerías, se inclina uno á juzgar con menos severidad á los que toman parte en ellas, cuando se considera que es un imposible transportar á través de aquellos desiertos, sin carros ni población alguna, una pesada masa de 10 á 15 quintales, y que el cazador se ve obligado á abandonar á la voracidad de las fieras su magnífica presa, no pudiendo llevarse consigo más que la lengua ó la mitad de la cola. Sin embargo, el indio no acierta á comprender esta matanza, sin objeto, y á la verdad tendria especial gusto en terminarla con el tomahak y el cuchillo de desollar cráneos. Mi sabio amigo concluye en los siguientes términos: «Cuando un día remoto y que no se puede fijar, el negro y fértil terreno de la pradera se haya transformado, merced á la inteligencia é incansable laboriosidad del blanco,

en risueños jardines, entonces encontrarán todavía nuestros hijos restos de los pieles rojas bastardeados ó convertidos en una raza mestiza; pero á los bisontes los hallarán tan solo en algun recinto acotado ó en nuestros jardines zoológicos. De todos modos, por más que los bisontes estén condenados á desaparecer de las praderas, sin duda serán más eficaces las medidas que se tomarán en aquellos países para conservar estos preciosos animales, que las que se adoptaron en los nuestros para la conservación de los mismos.... No dudamos que un gobierno, el cual declaró de propiedad comun los gigantes del reino vegetal, los corpulentos árboles mammoth de California, como también el pintoresco y grandioso valle del Yellowstone con sus peñaños, lagos y cascadas, un gobier-

no que protegió á las focas leoninas de las costas del Pacífico, señalará también para la conservación del bisono cotos, que dejarán muy atrás la selva de Bialowicza, con sus 17 millas cuadradas de extensión, y en las cuales continuará viviendo y prosperando por largo tiempo este animal bajo el amparo de las leyes.»

Los cuadrúpedos enemigos del bisono no se apoderan tampoco de él sin lucha: sabe defenderse de los ataques del lobo valerosamente, y de los más peligrosos del bull-dog. Cuando le ha mordido uno de estos carnívoros, el bisono le lanza con un solo movimiento por encima de la cabeza, ó le traspasa con sus cuernos; y se da el caso de que los perros mejor amaestrados perezcan en esta lucha. Acosan al bisono

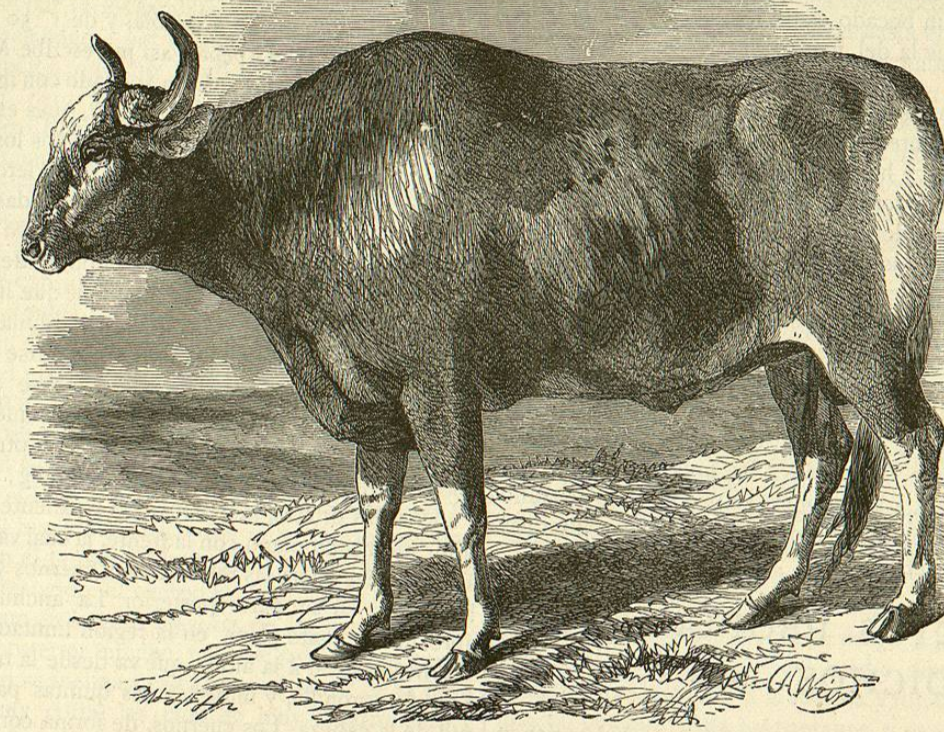


Fig. 271.—EL BUEY BANTENG

mantiéndose á cierta distancia, y eligen un momento favorable para lanzarse y hacer presa en el labio; pero cuando el animal se siente cogido de este modo, entreabre rápidamente las piernas delanteras, levanta las posteriores, se deja caer con todo su peso sobre el perro y le aplasta.

CAUTIVIDAD.—Hace muy poco tiempo que se ven bisontes cautivos en los jardines zoológicos de Europa. Según me dijeron en Londres, un lord inglés mandó que le trajeran varias parejas de América, las crió en sus tierras de Escocia, y obtuvo una manada de 15 á 25 individuos. Cuando él murió fueron conducidos los animales á Londres para venderlos en los mercados. En los últimos tiempos han venido varias parejas, de modo que este animal se ve hoy en casi todos los jardines zoológicos de Europa.

Hace poco tiempo existe en el Jardín zoológico de Hamburgo una magnífica pareja de bisontes de América, en los cuales pude hacer curiosas observaciones. Eran al principio tímidos y miedosos; huían ante el primero que se acercaba; pero también parecían amenazadores. Acostumbráronse muy pronto á su cuadra, aunque solo iban á comer cuando todo estaba tranquilo; manteníanse lejos de los concurrentes al jardín, y mostrábanse poco dispuestos á familiarizarse con los hombres. A los pocos meses no obstante, se modificaron

aquellas disposiciones, y ahora tiene mucha confianza en ellos el guardián, pues han reconocido su dominio; se someten gustosos á él; obedecen á su llamamiento, y acércanse sin temor á la reja para tomar el alimento de la mano. Manifiéstanse ahora tan indiferentes con las personas como tímidos eran antes, y no les asusta una gran multitud. No son delicados para su alimento, si bien saben distinguir lo bueno, que prefieren, de lo malo, que rechazan; conténtanse con lo mismo que comen las vacas domésticas y no beben más que agua. Estos bisontes conservan, sin embargo, cierto espíritu de independencia: necesitan de tal modo el aire libre, que aun cuando haga mal tiempo, están más horas en el patio que en su cuadra. En invierno los vemos echados sobre la nieve y el hielo, cubiertos á menudo de una capa de agua; y cuando llueve copiosamente, limitanse á sacudir la cabeza. Durante el día suelen permanecer tranquilos en el mismo sitio; pero á la caída de la tarde, manifiestan mucha actividad; galopan y saltan en su recinto y están despiertos toda la noche.

Convenientemente cuidados se multiplican con facilidad, y los pequeñuelos, que las madres protegen valerosamente contra toda clase de peligros, crecen y se desarrollan á la manera de nuestros terneros domésticos.